

quiera, papacito, que el haber faltado á tu ofrecimiento no nos cueste una pesadumbre, ya ves las persecuciones, destierros y cuanto sufren los aspirantes en política á cada cambio de sistema; renuncia á buen tiempo y vámonos á establecer á donde no seas más que el padre de tus hijos y el amo de tus propios intereses y como luego dices, el que viene atrás que arree, el que se queme que sople. A la menor insinuación fueron admitidas las renunciaciones del gobernador y presidente de la suprema corte, que sin estrépito se retiró á la vida privada, habiendo descubierto mil enredos, quitado disfraces y sabido de todos sus compatriotas sus malas mañas, de modo que sólo al mirarlos con fijeza ó sonreírles al saludarlos, huían de su presencia abochornados, renegando de que estuviera al tanto de sus bastardos proceder, falsa política, y mentido patriotismo.

Lorenzo luego que llegó á las haciendas les dió una andada, vió de cuánto fomento eran posibles, formó sus planes para desarrollar sus elementos, mejorar sus esquilmos, extender sus labores para aprovechar hasta el más insignificante terreno de su vasta extensión, y mirando que su futuro suegro ni escribía ni llegaba, mandó disponer el avío, apostó tiros de mulas, y con los criados necesarios partió para Morelia, ignorando si había en la casa bastante local, paró en un mesón y solo se dirigió á ver al licenciado. — ¿Mande vd.? le dijo un criado al penetrar en el zaguán. — Quiero hablar al patrón. — Pues vuelva vd. dentro de una hora porque está comiendo. — Entonces mejor, suba vd. y avísele que Lencho viene á comer con él. Y se siguió andando tras del criado. Apenas había dicho aquello, cuando el papá aventando todo, se paró diciendo: — ¡Ahí está Lorenzo! que entre, que entre. — ¡Mi hijo! repitió la señora. — ¡Mi tío! exclamó Enrique. — ¡Mi hermano! dijo Aurelia. — ¡Mi salvador! gritó Lola, y todos llenos de júbilo salieron á su encuentro sin hacer caso de su vestido de cuero y rostro muy empolvado; así que todos lo abrazaron llenos de alegría les dijo: — Como Lorenzo, ya tuve el gusto de estrecharlos entre mis brazos; pero traigo además prevenido otro abrazo de ruego y encargo que me encomendó una pobre rancherita, ya quería brincar las trancas por venir á verlas, y se le están haciendo los días eternos por su tardanza, resuelta á

que si me ve regresar solo, péga la estampida para sus antiguos comederos y allá se remonta con sus fieras. — Tiene razón, respondió el tata, ahora hablaremos, cumple con tu encomienda y vamos á comer. Se repitieron los abrazos, se sentaron á la mesa, estuvo respondiendo á las multiplicadas preguntas que todas le hacían. — ¿Conque nuestro amigo el coronel Astucia falleció? dijo el papá. — Sí, señor, murió de repente, le contestó, á la salida del valle le hice el último servicio á que me obligaba su amistad; lo he dejado enterrado al pie, de una ziranda, acabó el coco de los de por acá, el azote de los brandidos, y el paño de manos de los de por allá. — ¿Según eso, dijo Enrique, tenía vd. buena relación con el coronel? — Mucha, y muy íntima, pregúntaselo á tu maestro, éramos uña y carne, inseparables amigos y... — Como que no he visto una estrechez tan extraordinaria, y ni un par de gemelos tan parecidos; figúrate, Enrique, una yunta de bueyes uncidos con un propio yugo, un tronco de frisonas, un... — Dígalo vd. de una vez, señor, replicó Lencho, un fenómeno lleno de contradicciones. — De buena gana hubiera yo conocido al dicho coronel Astucia, dijo Enrique. — Pues conque me mires á mí ya está satisfecho tu gusto, era mucha nuestra semejanza y tal vez no faltará quien me confunda con el difunto, por lo que si tal cosa acontece no lo extrañes, pero aquél era mucho hombre, mientras yo no he pasado de lo que ves, fué tenido por valiente, luego por muerto, después por bandido, últimamente por hábil, y en resumidas cuentas, no es ya más que harina de otro costal. Por lo expuesto conocieron que Enrique ignoraba las célebres ocurrencias de su tío, y por prudencia lo dejaron en la duda. — Conque volviendo á otra cosa, Enrique, ya te habrá dicho tu maestro que te tenemos destinada la mano de mi Lola, de esta chacharita que al sacarla por entre las llamas me pesaba más tlaco de yesca y en el contrato hecho en Cooporillo me la han regalado en cambio de un Changuito. — No me he metido en tocar ese negocio, Lorenzo, dijo el licenciado, pero como soy formal en mis tratos recuerdo bien que te dije que te las cogieras, porque mi Changuito vale más que todas ellas, y ahora te cambio la propuesta, si conoces que te saco ventaja, cógete también á la nana de pilón. — Eso por

sabido se calla, señor, la nana me pertenece por mil títulos, y aunque vd. no me la ofreciera yo sabría arrebátarmela, ya tiene experiencia de que no le tengo miedo ni á los hombres ni á los elementos. — Por eso no quiero tenerte por enemigo, sino que dándome por vencido, tú hagas y deshagas de esta manada de ovejas lo que te parezca. — Pues entonces á la hacienda, ahí está el avío, allí formaremos los rebaños, cada cual tendrá su aprisco, vd., señor, será el pastor, este muchacho y yo sus cachorros, y cuidándolas á todas resistiremos á los lobos. — Dios te dé el cielo, Lorenzo, replicó la señora, pues has sido el instrumento de quien Dios se ha valido para nuestra felicidad, mañana mismo nos vamos, después mandaremos á que desbaraten la casa; anda á alborotar á tu mamacita, Enrique, y vds., muchachas, á disponer sus baúles, ¿qué dices, Mariano? — Que estoy resuelto á obedecer á la Reina madre, la Diosa madre, y la Deidad madre, en fin, á la madre del chinchorrillo que quiere Lorenzo que pastoree, hagan punta que yo iré arriando y cargando á los primalitos.

Al otro día marcharon á las cuatro de la mañana dos coches de camino seguidos de ocho cuerudos con las mulas de avío, y al segundo como á las nueve hasta los tiros de mulas llegaban contentas, pues reconociendo la casa no las podían contener los cocheros y llegaron como exhalación hasta la hacienda sin pesarles los carruajes que por poco vuelcan en aquellas bajadas. — ¡Amparito de mi alma, hija mía! ¿dónde estás? ¿adónde estás, mi vida? entró gritando la señora como loca. — ¡En tus brazos, mamacita! contestó saliendo en fuerza de carrera con el pelo suelto y sin rebozo. — ¡Nana Ampopo! gritó Lola abrazándola también. — ¡Hermanita de mi alma! exclamó Aurelia. — ¡Niña, niña! gritaba la madre Chenta que era criada antigua de la casa, y llorando todas de gozo formaban un grupo compacto prodigándose mutuamente las más tiernas caricias, mientras el papá saliéndole al encuentro á su Changuito que se quedó admirado de tanta gente extraña dudoso de acercárseles, lo tomó en brazos, le dió un pitito que se empeñó en sonarlo, y se puso muy consternado al ver aquella escena de requiebros, palabras cortadas, y muestras de amor que sin cesar llorando y riendo todas se hacían aguantando los pitazos

de su nieto que ya lo ensordecía. Después de aquellos extremos de cariño siguieron las contemplaciones, todas miraban á Amparo ponderando lo que al pronto les llamaba la atención. — Estás más alta, robusta y de hermoso color, hija mía. — ¡Qué lindos brazos tienes, Amparo! — ¡Qué buen pelo! — ¡Qué bien pareces con enaguas! y otras mil cosas que las admiraban. — Abran campo y no estorben el paso, dijo el tata, pasando con su nieto por en medio dando pitazos y siguiéndose á pasos largos para la sala — ¡Daca á mi hijo! gritó la señora, déjame hacerle un cariño, y siguió presurosa tras él. — A mí, á mí, repetía Aurelia, dámelo, papá. — Venga, mi Changuito, no se lo des á ninguna, gritaba Lola, y siguió el tumulto á querérselo quitar al abuelo; pero el niño rehusando mudar de sitio, lo abrazó del pescuezo y ocultaba la carita, hasta que fastidiado empezó impaciente á echarles cortes y puntazos diciendo: — No quelo, mujeres, feas, feas, y se limpiaba la boca con coraje para quitarse los besos que le daban, no transigiendo con ellas, sino á fuerza de juguetes y otras chácharas con que le ganaron la voluntad. No fué menos el aprecio de Ana María y Angel con Enrique, que desde que se lo llevaron á Morelia no lo volvieron á ver, así como el que le manifestó Amparo al presentárselo Lorenzo como su futuro sobrino y cuñado. Cuando todos en la sala se pusieron en sosiego se hincó Amparo delante de su mamá y le dijo: — Perdóname, mamacita! si abusando de tu confianza y burlando tu vigilancia, correspondí decidida al amor de Lencho desde que estábamos en Tuxpam, mi papá te habrá impuesto de mis resoluciones, de la grave pena que me costó la separación de vds.; y si disimulas mis faltas y me vuelves tu gracia, desde este instante seré la mujer más dichosa; ¡quitame ese peso que me ha torturado el alma! ¡que mis lágrimas de arrepentimiento laven mi culpa! ¡y por el amor de Dios perdóname! — Con mil amores, mi vida, yo te perdono, y en prueba de ello ven á mis brazos, te estrecharé contra mi pecho, pues en este instante olvido el grave pesar que me has causado. — ¡Gracias, Dios mío! prosiguió diciendo Amparo, ¡jamás dejaré de bendecirte! soy la criatura más feliz de la tierra, sí, la más dichosa, ¡mamá de mi alma! y llorando de regocijo se arrojó delirante á sus

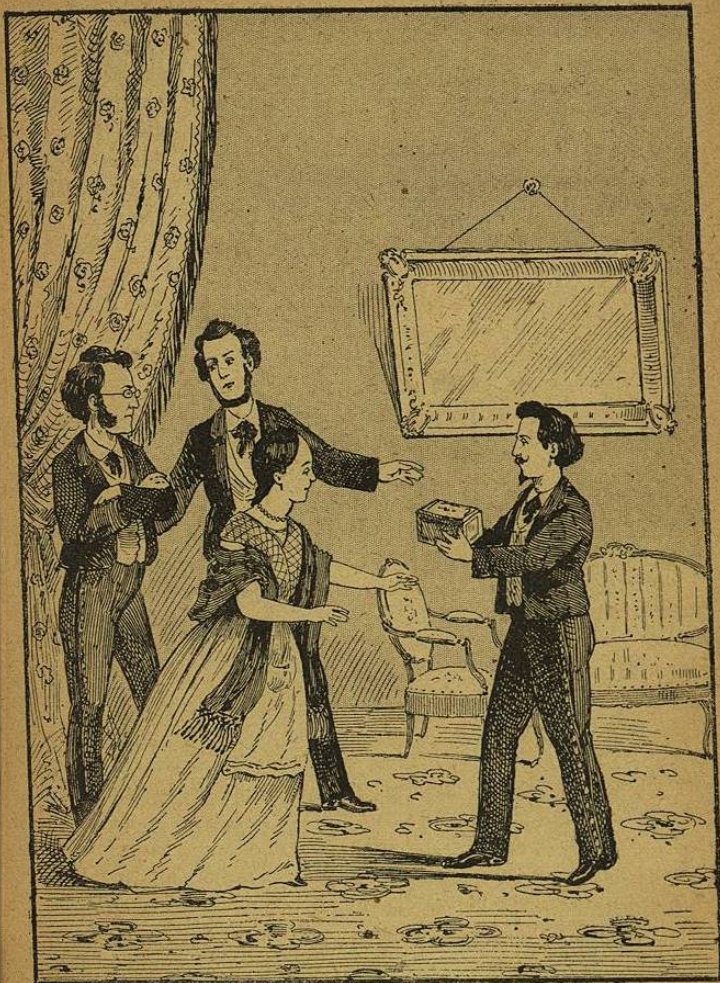
brazos. Siguieron hablando de cosas diferentes, y mientras se metió con sus hermanas á acabarse de peinar, saliendo á poco muy alisada luciendo un par de trenzas muy finas y abundantes.

Al entrar se le quedó mirando con fijeza el papá y exclamó: — ¡Qué felices recuerdos me trae á la memoria esta payita! al verla con sus pulidos pies tan gorditos, su delgada cintura, cubierto el pecho con su mascada de la india, luciendo un par de blancos y torneados brazos, sus trenzas ambulantes, con ese rostro encantador y unos ojos tan picarescos y zaragates, me saca de quicio y conque tuviera un poco quebrado el pelo y se demostrara algún tanto desdenosa y mesteña, ya está que era el vivo retrato de cierta cotorra, pero, hijita, el tiempo todo lo acaba, ya esa retama no huele y es fruto que se pasó. — Qué coincidencias, Mariano, contestó la señora en el mismo tono, igual pensamiento acabo de tener al ver entrar á mi hijo Lorenzo pues sus maneras francas, su genio festivo, su presencia simpática, y que no es pedante charlatán ni fastidioso, me trajo á la memoria que aquí en esta propia sala, conocí á cierto perico que se acababa á suspiros, me quería devorar con sus miradas, se desmechaba solito, y hacía tantos extremos para que le correspondiera, que todo él se volvía un terrón de amores, me pintó mil dorados ensueños de ventura, ¿entiendes, Mariano? pintadas ilusiones en que candorosamente cifré mi felicidad, pero, hijo mío, el tiempo todo lo muda, ya ese capulín se heló, no tiñe ni da color, y me fastidia por chinchoso. — ¿Y qué podrá hacer ese pobre perico para largar las chinchos y no fastidiar á su cotorra? — Cosa muy fácil, mudar de pluma. — ¿Entonces se quedará pelón y viejo? — No, porque uno y otro volverán treinta años atrás, sus pensamientos no serán vanas ilusiones sino efectivas realidades, si ese perico se presta dócil á darle gusto á su cotorra. — Hágase tu voluntad, vieja querida, y bendita tú eres entre todas las mujeres, amén. — ¿Hablas de veras, Mariano? — Como lo oyes. — Pues entonces será la mujer más dichosa; vengan niñas á mudar de pluma, yo les voy á dar el ejemplo, fuera chinchos. Y se metió para adentro seguida de sus hijas desabrochándose el vestido y quitándose la peineta. Abajo túnicas muchachas, se acabaron

las catrinas, guarden esa ropa para los domingos, aquí están por demás esos adornos postizos y supercherías, esos sacos son propios para las fodangas que se cubren con ellos los pies puercos y ropa mugrosa. — Pero, mamá, decía Lola, nunca he andado así, voy á tener mucho frío, á estar muy fea, es capaz que Enrique... — También voy á desplumar á ese pollo, ó que se largue á cantar á otro muladar, desde hoy en adelante ninguno de mi casa ha de ser moneda falsa, ni pan pintado.

No hubo escapatoria, y casi llorando se despojó Lola de sus adornos en medio de las risas y burlas de sus hermanas, apareciendo en la sala la señora con sus franelas, su rebozo de bolita, y sus hijas por el mismo orden con una chamarra de Lorenzo en una mano y otra de Angel diciendo: — Mariano, ese saco que traes es el chinchoso, tíralo y ponte esta chamarra, muda de pluma. — Con mil amores, mi vida, cambio la lana del borrego por el pellejo del venado. — Enrique, siguió diciendo la señora, mi hija Lola es una pobre rancherita, si la estimas cambia también de pluma, porque á tu lado parecerá tu cocinera, ya ves cada oveja con su pareja. — El que manda, manda, agregó Lorenzo, fuera faldoncitos, caballero, si es que quiere no abandonar á su pichona. — No sólo de pluma, hasta de mi propio pellejo cambiaría de buena voluntad, contestó Enrique tirando su levita y poniéndose también de payo. — Recoge esos trapos, Amparito, dijo la señora y entrégalos á nana Chenta para que frieguen el suelo, abraza, Lola, á tu futuro, que yo hago lo mismo con mi viejo rancho que hace treinta años que no lo veo; ¿qué haces, Mariano? ¿qué ha sido de tu vida? — Ya lo ves, bien mío, he vuelto al redil cual un hijo pródigo corrido del mundo, desengañado y... — Y aquí encontrarás á quien te ama de nuevo, que nunca te olvidó y en silencio ha llorado tus desvaríos. Y lo abrazó con ternura. En la tarde se salieron á pasear por el campo admirando á todos Amparo con su destreza en el manejo de la escopeta y agilidad en el caballo. Muy temprano se recogieron, y á las cuatro de la mañana ya estaba la señora estirando sábanas y haciendo levantar á todas, las obligó á irse á lavar la cara y brazos al arroyo, fueron á la ordeña á traer la leche para el desayuno, á cada una le dió su quehacer doméstico haciéndolas barrer,

guisar, y todos los trabajos de la casa, de manera que en poco tiempo ya eran unas rancheras consumadas, tan hacendosas como bonitas y juiciosas. Lorenzo se salió con su suegro y Enrique al campo, les manifestó sus proyectos, y desde luego conocieron sus acertados cálculos y buena disposición, pesándole al licenciado el haber sido tan necio sosteniendo un vano capricho. — Mira, Enrique, le dijo, desde este instante eres dueño de mi bufete, mis libros, y cuanto tengo en Morelia, si tienes aspiraciones, y crees caminar con buena suerte en la ciudad, véte á establecer con tu esposa allá. — Pero, señor, sólo sus libros valen un dineral y... — ¿Calculas que puedan valer más de cinco mil pesos? — Sí, señor, muchísimo más. — Pues recíbelos como una deuda sagrada que tu tío tiene contigo, por el dinero que de tus propios fondos recogió en Morelia hace seis años; yo soy su padre, y salvo ese compromiso de mi hijo. — Yo no he tenido cuentas con mi tío, señor, ha sido para mí mi padre y á su cuidado y empeño debo lo poco que valgo. — No entiendo de excusas, replicó el tata. — El que manda manda, dijo Lorenzo. Esto hizo callar á Enrique, y el tata prosiguió: — No cabe duda, hijo mío, en que harás buena carrera, pero si quieres recibir un buen consejo de un viejo portreado por los negocios y desengañado por propia experiencia, anda á encajonar tus libros mientras arreglamos los casamientos, y vente á manejar personalmente la hacienda que pienso destinarte como la herencia perteneciente á tu esposa, he tenido treinta años de amarguras, he gastado la mejor edad de mi vida, y á pesar de haber caminado con mucha suerte, les confieso la verdad, me he visto en la necesidad extrema varias veces de empeñar hasta mis libros, cosa que jamás hace un labrador con sus herramientas, pues el día que está más escaso, come gallinas ó mata un borrego, y yo no podía mandar á que guisaran expedientes; he tenido clientes que después de mil exigencias me deben hasta el papel sellado que suplí para los escritos y actuaciones, en fin, negocios redondos bien apoyados en que palpable demostraba la justicia, me los han echado á rodar con una chicana de mala ley, y he tenido que estudiar ardides y razones ajenas del derecho para contestar de igual manera, los más asuntos de las ciudades entre pollos de



Esto es cuanto poseo, Lola, recíbelo como donas:

cuenta, no son más que caprichos, en ellos sólo abundan las chicanas, la mala fe, las sorpresas, en fin, negocios puercos que son ajenos de que los sostenga un hombre honrado, si quieres sólo encargarte de los justos, ó son de gentes que es necesaria la habilitación de pobres, ó te quedas sin negocios; aprovecha tu juventud, vuélvete positivista y deja al mundo rodar. — ¿Qué dices, Lola, á tu decisión lo dejo? preguntó Enrique, ¿quieres ser cortesana ó ranchera? — Lo que mi mamá disponga. — Al hacerte tirar la levita, replicó la señora, ya supondrás cuál es mi opinión. — Pues mañana marchó á encajonar los libros, entregar expedientes, y desbaratar el bufete. — Entonces, dijo el papá, vamos á la parroquia á formalizar las presentaciones, y que les vayan dando nueces encarameladas á los guajolotes para tomar el mole de manos del Chango, que para eso se escupe la mano y uno se chupa los dedos.

A las cinco semanas estaba ya todo listo para los casamientos, y la víspera reunidos en familia entró Lorenzo con dos cajitas en la mano, y dándole una á Enrique, le dijo á la vez que también le dió una talega con doscientos pesos: — Enrique, esto es todo tu haber y cuanto he podido conservarte de lo que te pertenece. — ¿Qué es esto, tío? — El dinero, es la remuneración que como uno de mis *todos* te corresponde por los buenos servicios recompensados por el gobierno. — Pues, tío, renuncio de esa cantidad en favor de los demás, y acéptela para el resto de sus *todos*. — ¿Y esta cajita qué contiene? exclamó Lola llena de curiosidad. — Abrela, Enrique, le ordenó su tío, es una memoria de tu madre. — Alhajas, replicó Lola parándose con inquietud, y al abrir la tapa ambos se quedaron aterrados al ver una tierra amarillenta y uno que otro pedazo de hueso pulverizándose. Ella se retiró confusa, y Enrique besando respetuosamente un trozo de canilla y bañándolo con sus lágrimas exclamó: — ¡Inanimados restos de mi idolatrada madre, yo los bendigo y los veneraré toda mi vida! ¡Gracias, tío Lorenzo, porque me ha conservado este tesoro que estimo en su justo valor! *esto es cuanto poseo, querida Lola, y lo que puedo ofrecerte como donas*, tú que amas á tus padres conocerás su precio y sabrás darles el lugar que se merecen. — Los acepto, res-

pondió, y desde ahora en la capilla serán depositadas estas reliquias para recordarnos que reclaman nuestras plegarias. — Lo mismo te digo, Amparo, siguió diciendo Lorenzo, tú sabes lo que haces con esta caja que deposita los restos de mi padre, por quien algunas veces lloramos juntos sobre su sepulcro. — Vengan, Lencho, dámelos que mucho tiempo hace que me pertenecen, trae tu caja, Lola, y vamos todos á tributarles á estas cenizas, el homenaje y oraciones que reclaman los difuntos. En un lado del altar de la capilla fueron colocadas las dos cajitas, y desde entonces se estableció rezar el rosario y la estación á las ánimas en el oratorio, con todos los domésticos de la casa.

Al otro día todos sus sirvientes y gentes de las haciendas celebraban llenas de regocijo dos casamientos y un bautismo, reinando en todos los pechos el contento, sin más personas convidadas que la familia del señor D. Manuel su tutor de Enrique y la viejecita su mamá adoptiva, que estaba loca de gusto con su nuera, y fueron sus padrinos de casamiento.

— Tengan vds. ese dinero que también les corresponde, dijo Lorenzo al tercer día á sus cachorros dándole á cada uno sus doscientos pesos. — Yo no necesito de nada, respondió el Chango; si su merced lo hace por despedirnos, recuerde nuestro juramento de la cañada de las Torcazas, mas que nos maje á palos somos buenos escuincles y primero nos mate que largarnos de la casa; póngame de guarda campo, écheme al tajo pero no me desprecie. — Sí, señor amo, por los huesitos que tanto estima y están en la capilla, agregó Simón, mándeme tusar y mochar las orejas, déjeme para la trilla ó póngame de domingo en los chilares para espantar los pájaros, pero no nos corra de su lado. — Eso nunca, compadres, repuso Amparo, vds. son mis hijos, forman parte de mi familia, y si se mueren... — Los ensacato y los cuelgo en el zaguán, agregó Lorenzo; ese dinero les toca porque son *unos* de mis *todos* á quien ha premiado el gobierno. — Pues entonces, señor, dijo el Chango, ni á cuidado llega, *todos para uno, uno para todos*, reparta su merced ese dinero entre sus familias y asunto concluído, voy á dejarme jalear de mi hijo los cabellos. — Y yo me arreviato, agregó Simón, me voy á limpiar al Tortuguillo antes que me empiece á relinchar.

Los seiscientos pesos renunciados por Enrique y los cachorros, y cuatrocientos pesos más de dos bajas que hubo en esos días, fueron distribuídos entre los demás interesados. D. Antonio Delgado en Tepustepec fué fomentado con cerca de cuatro mil pesos de los que allí quisieron continuar unidos, extendió sus siembras, aumentó sus crías, repuso su apero, y en poco tiempo volvió el rancho de su difunto hermano Alejo el Charro, á estar en movimiento, animación, y sostener á la familia con algún descanso. A Lupe y Julita que con otras familias formaban grupo, las estableció en la villa, vendió el rancho de Chepe botas y el Tapatío, les compró un mesoncito que dejó bien habilitado de pasturas, tienda y cocina que entre las dos y demás viudas manejaban perfectamente, y con Camila hizo lo contrario, vendió las casas y le habilitó el rancho del señor Garduño, le puso un buen mayordomo, y ella viva, muy trabajadora, económica, y semi varonil, todo lo cuidaba y atendía, logrando muy descansadamente sostener á los que le pertenecían, sin que Lorenzo á pesar de sus muchas atenciones dejara de ir á dar sus vueltas, y mandar á Simón ó el Chango á que las fueran á visitar. Enrique se radicó en la hacienda de Lola, con ella, nana Chenta su pilmama, y tío Cancholo, otro criado viejo de la casa. En otra hacienda que se destinó para Aurelia, vivía Angel y su esposa Ana María, hermanos de Lorenzo, y en la principal residían el amo grande, la señora, Amparo, Aurelia que se apropió del Changuito hasta el extremo de constituirlo su heredero, haciendo mutuo testamento, los cachorros, y Lorenzo que en todo llevaba la voz, y por sus disposiciones progresaban todos los intereses á gran prisa, siendo él el primero en echar al olvido al difunto coronel Astucia, viviendo en una paz octaviana, gozando todos de perfecta tranquilidad y una vida pacífica. El tata recobró su buen humor, la señora su salud, y ambos tamaños de gordos andaban de visitantes de hacienda en hacienda, llenos de gusto, cargando nietos y nietas que empezaron á nacer de Amparo y Lola. He aquí el resultado de la vida privada de Lorenzo Cabello, que mientras exista será el *uno* de sus *todos*, y nunca olvida que con *astucia y reflexión, se aprovecha la ocasión*, y que metido en sus labores, manejando él mismo los intereses, ocupado en el fomento de

los bienes y el bienestar de las familias, pudo después de sus vicisitudes, trabajos, compromisos y cuanto le pasó, establecerse radicalmente, dominando á su mala estrella con la fuerza de voluntad, ciega confianza en Dios y en su divina Providencia á quien siempre invocaba en sus aficciones. Vive aún siendo amante padre, fiel esposo, y amigo sincero de sus verdaderos amigos, ofreciéndose á las órdenes de las personas que lo honren con su amistad, en las haciendas que maneja, en un rincón del delicioso y ameno territorio de Michoacán.

FIN

ÍNDICE

CAPÍTULO I. — El alcance del Bulldog. — Historia de Alejo Delgado, ó el Charro Acambareño	1
CAPÍTULO II. — Los planes de un tinterillo. — Ir por lana y volver sin pelo. La transacción	52
CAPÍTULO III. — Pánfila. — La Monja Simarrona. — Catástrofe. — Satisfacción cumplida. — El tapaboca.	71
CAPÍTULO IV. — Muerte de Clarita. — El escarmiento del Cascabel	104
CAPÍTULO V. — Primera parte de la historia de Chepe Botas y desgraciado fin del Bulldog	119
CAPÍTULO VI. — Historia del Tapatío, segunda parte de la de Chepe Botas, y trastornos de familia	159
CAPÍTULO VII. — El gato encerrado y la cola de fuera. — Las llaves falsas. — Carta de Elisa. — Mentira sobre mentira. — El rapto desafiado. — Lamentable fin de Elisa.	193
CAPÍTULO VIII. — Total exterminio de los Hermanos de la Hoja. — El charro resucitado. — El Paraíso, y la fuga de Astucia	215
CAPÍTULO IX. — El coronel Astucia jefe de la Seguridad Pública. — El tompeate. — Los colgados del Rotito. — Estrategias y proscripción de Astucia.	299